

FRANCISCO VINDEL

**LOS BIBLIÓFILOS
Y
SUS BIBLIOTECAS**

DESDE LA INTRODUCCIÓN
DE LA IMPRENTA EN ESPAÑA
HASTA NUESTROS DÍAS

●
CONFERENCIA DADA EN
LA UNIÓN IBERO-AMERICANA
EL DÍA 26 DE OCTUBRE DE 1934
●

M A D R I D

1934



A DON JOSÉ LÁZARO GALDEANO,
debido testimonio a su noble y reiterado
esfuerzo en favor de la cultura española,
dedica atentamente este trabajo,

FRANCISCO VINDEL

*Los bibliófilos y sus bibliotecas
desde la introducción de la imprenta
en España hasta nuestros días.*

“Los bibliófilos y sus bibliotecas desde la introducción de la imprenta en España hasta nuestros días”, es el tema que me propongo desarrollar en esta conferencia, confiando en que mis oyentes serán benévolos para quien sin preparación alguna se atreve a acometer una empresa de tan elevado nivel cultural, guiado únicamente por su amor al libro, no solamente por su profesión, sino porque, con motivo de estar muchos años especializado en la venta de libros los más a propósito para los bibliófilos, ha tenido ocasión de conocer a muchos de ellos, pudiendo reunir muchos datos que, unidos a una investigación sobre los de siglos anteriores, le permiten dar a conocer, aunque no sea más que en una pequeña parte, a los más ilustres bibliófilos, que en tiempos pasados y presentes consagraron y consagran parte de su vida en reunir bibliotecas que no sólo han servido y sirven para su recreo espiritual, sino que son base de la conservación del libro a través de los tiempos, que es el elemento máximo de la cultura nacional,

razón por la cual todos los hombres debemos rendir un tributo, no sólo de admiración, sino de gratitud, a los bibliófilos, que nos enseñan, como la procedencia griega de la palabra lo indica, a ser "amigos del libro".

El libro en todas las épocas ha tenido buenos amigos, pero sus enemigos los bibliolitas han sido más numerosos, y se han encargado de destruirlo por toda clase de procedimientos, pues cuando el libro ha sido conservado en buenas condiciones, ha vencido al tiempo, y así podemos hoy admirar magníficas obras de bastantes siglos de antigüedad en perfecto estado de conservación; lo que no ha podido vencer el libro es el grado de incultura de una nación que ha permitido a una empresa sin fiscalización de ningún género que compren los libros por kilos, como si fueran simiente, y los conviertan en pasta con la que se fabrican otros. ¡Cuántas riquezas, cuántas bibliotecas enteras han sido destruídas por este procedimiento!

Los pobres libros han servido para que sus hojas envuelvan toda clase de comestibles, y las chimeneas han consumido miles y miles de volúmenes, que han sido utilizados como procedimiento preliminar de su calefacción. Aun sus mismos buenos amigos los bibliófilos han tenido que luchar con sus parientes más cercanos, que en la mayoría de los casos han censurado su adquisición, y buena prueba de ello es que el 99 por 100 de las bibliotecas de los bibliófilos, cuando no han sido donadas por él mismo a algún centro oficial o privado, o vendidas por ellos mismos, en cuanto éste ha fallecido, sus herederos se han apresurado a venderlas, diciendo en casi todos los casos que les estorban los libros en la casa.

Dejo de hablar de los enemigos del libro, porque son tantos y tan numerosos que haría falta un nuevo Diógenes que encontrara un protector que desde las altas esferas de la gobernación del Estado, no sólo con su amor al libro, sino con los conocimientos suficientes del mismo, tuviera una mano de hierro para que con su pluma pudiera legislar acerca de este pobre libro, tan traído y llevado, poco leído y al final siempre destruído.

Como esta conferencia sólo es referente a los bibliófilos y sus bibliotecas, en otra próxima hablaré de los bibliotecarios, bibliotecas públicas y de centros privados.

Los que reúnen objetos, de la clase que sean, se les denomina coleccionistas; por tanto, el que reúne libros es un coleccionista de libros, y según las razones por las que los reúne, se le da distintos nombres; y así, en el Diccionario de la Academia de la Lengua Española se encuentran las siguientes denominaciones: *bibliófilo*, *bibliómano* y *bibliólata*.

El bibliófilo lo define diciendo: "Es el aficionado a las ediciones originales, más correctas o más raras, de los libros." Esta definición no es la del bibliófilo en general; todo lo más, será la de un bibliófilo de exquisito gusto, a quien sus medios de fortuna le permiten ser bibliófilo de esta forma. Si para ser bibliófilo hubiere que ajustarse a esta definición, puede decirse que ha habido pocos o ninguno, pues siempre los bibliófilos han reunido los libros de una materia o ramo determinados, debido en la mayoría de los casos a su desenvolvimiento intelectual, afición o profesión, y que los medios de fortuna de que han dispuesto no les ha permitido comprar los libros en ediciones originales más raras

o correctas de los libros, sino que han tenido que limitar su amor al libro y adquisición del mismo sobre una especialidad de la que han formado biblioteca en muchos casos modesta e incluso con sacrificios pecuniarios que revelan al estudioso, al admirador y, por tanto, al amigo del libro, que es el bibliófilo.

El bibliófilo tiene múltiples aspectos e infinidad de aficiones distintas. Así los hay que reúnen una biblioteca de carácter general; otros sobre materia, ciencia o ramo determinado; otros sobre un autor; otros admiradores del libro por su belleza tipográfica, reúnen libros magníficamente impresos y con grandes márgenes; otros tienen por requisito esencial el que esté bien encuadernado y en perfecto estado de conservación; otros reúnen colecciones de libros en tiradas especiales, como papel japon, papel de hilo; otros de libros de que se hayan hecho tiradas limitadas en ejemplares numerados; muchos reúnen los libros que se refieren al lugar, provincia o región de donde son naturales; algunos bibliófilos, aunque pocos, han adquirido un libro de gran rareza, con el fin de reimprimirlo esmeradamente, y así dar a conocer o difundir el mismo; otros han reunido bibliotecas importantes con el objeto de hacer catálogo de la misma que constituyen verdaderas bibliografías; otros con el fin de reunir una biblioteca que les haya servido de recreo espiritual durante su vida y luego donarla a algún centro y así perpetuar su memoria y que sirva para ejemplo y estudio de las futuras generaciones, y otros muchos cuya finalidad siempre ha sido admirar y proteger al libro.

Indiscutiblemente el buen bibliófilo, el que verdaderamente ha sentido el libro, es el que ha gozado de un placer superior a todos; yo he visto en mu-

chísimos casos la alegría que han experimentado varios de éstos al conseguir el libro que buscaban hace años, a veces de escaso valor comercial, pero de gran interés para el bibliófilo, al que seguramente una pérdida o ganancia de una gran suma de dinero no preocuparía, y este modesto libro, para él un tesoro, hace que durante muchas horas y días no piense más que es el feliz poseedor de esta joya bibliográfica. El buen bibliófilo, por muchas que sean sus ocupaciones, siempre tiene preferencia por el libro; con un libro se conseguía paso libre hasta D. Antonio Cánovas, cuando era presidente del Consejo de Ministros; en una palabra, el bibliófilo es el que busca su recreo espiritual con el libro que dentro de sus aficiones llena un hueco en su biblioteca y le sirve para leerlo, admirarlo y conservarlo.

El bibliómano se puede decir que es como un caso patológico del bibliófilo, que se manifiesta de varias formas; es un bibliómano el que forma una biblioteca y no consiente que nadie vea sus libros. Es bibliómano el que reúne muchos ejemplares de una misma edición de un libro. Es un caso de bibliomanía el que se cuenta de D. Bartolomé José Gallardo, que iba a la Biblioteca Nacional acompañado de un criado, que dejaba en un patio, y luego, so pretexto de que no veía, se hacía sacar los libros junto a una ventana, por la que distraidamente echaba al criado algún libro que le interesaba y se lo llevaba a su casa. Otro caso de bibliomanía es el de un bibliófilo, ya fallecido, que estando en una librería en que se acababa de hacer una compra de libros, en que se encontraba un ejemplar de la corta tirada de la *Historia de San Vicente de la Barquera* por *Leguina*, y al ver entrar a otro bibliófilo que le podía disputar la adquisición del libro,

no dudó un momento en guardárselo en el bolsillo. El libro fué activamente buscado por el que había entrado, y al no encontrarle y reclamarlo tuvo un dependiente que manifestar donde se hallaba el libro, pues había visto al que se lo guardó, y entonces éste confesó que lo había hecho para que el otro no lo viera y adquirirlo él después. Otro bibliófilo vió en casa de un encuadernador dos ejemplares de un mismo libro raro, pero de escaso valor, y dijo al encuadernador que viera si conseguía del propietario de los ejemplares le cediese uno, y la contestación de éste fué: "Dígale a don Fulanò que si a él le sobra un millón de pesetas a mí también me sobran, pero en cambio yo tengo dos ejemplares de un libro que él no tiene ninguno."

También es bibliómano el que adquiere un libro a sabiendas de su procedencia dudosa, y sin embargo por tener el libro no duda comprarlo pagándolo exactamente como si fuese de buen origen, expuesto a quedarse sin el libro y tener un disgusto; a este respecto se cuenta de D. Antonio Cánovas que al enseñar su biblioteca al Sr. Gestoso, al cuarto o quinto libro que éste vió le dijo a D. Antonio: "Este libro es sevillano", pues tenía sellos medio borrados de la Biblioteca Colombina; entonces don Antonio Cánovas le quitó violentamente el libro y le dijo: "Es usted muy indiscreto para ver libros de los amigos".

Bibliómano es el que no repara algunas veces en creer que mejor se conserva un libro en su casa que en una biblioteca pública (de estos bibliómanos ha habido muchos).

También se cuenta que a mediados del siglo XIX hubo un bibliófilo en Barcelona que se llamaba don Vicente, que en una subasta o venta otro bibliófilo

le disputó un libro, reputado como único, quedándose sin él, y este D. Vicente le asesinó para quitarle el libro. Fué preso, y confesó que con la misma finalidad había matado a un poeta, a un clérigo, a un alemán y a nueve hombres más, y al ser condenado a muerte dijo que su pena no era que le ahorcasen, sino el saber que en París había aparecido otro ejemplar del mismo libro, y no pedía el indulto, sino que no se deshiciese su biblioteca: esto creo sea una exageración o crítica de la bibliomanía, pero lo que sí es indiscutible que el afán de conseguir un libro ha hecho que personas muy respetables se hayan olvidado de su dignidad y del Código penal.

El bibliólata lo define el diccionario como el que tiene muchos libros sin conocerlos; efectivamente, hay muchos casos de personas que creen necesario para que los juzguen eruditos o simplemente por estética de un despacho lujoso, que deben tener una biblioteca, y compran los libros por metros, y así le dicen al librero: "mire usted, yo tengo una librería que tiene cuarenta metros de estantería, y desearía que usted la llenase, no importan los libros", y añaden muchas veces: "quiero que los haya encuadernados en pergamino, porque se trata de una casa o palacio antiguo que he comprado y tiene biblioteca", es decir, estantería. Este es el bibliólata, que al fin y al cabo, sin interés y amor al libro, buenos o malos, los conserva por más o menos tiempo.

Una vez explicadas estas tres denominaciones de bibliófilo, bibliómano y bibliólata quiero dar a conocer otros aspectos de coleccionistas de libros que son completamente distintos a los tres que he citado.

Hay un coleccionista de libros, que es el más

abundante, que adquiere los libros por necesidad, es decir, porque los precisa, bien por su profesión, por tener que hacer un estudio sobre algún punto científico, literario o como elemento de trabajo; así que los libros son para él lo que el instrumental al médico o los pinceles y pinturas al artista pintor: los cuida, los estima y conserva, porque son medios de su vida, y así éste no se interesa por los libros como el bibliófilo, bibliómano y el bibliólata; una de sus características es que no repara en el estado del libro, edición, ni que le falten hojas ni que las tenga manuscritas.

Otro aspecto del coleccionista del libro es el que tiene afán de leer y compra y compra libros, que lee, y una vez leídos no le importan y los va guardando sin cariño ni interés ninguno por el libro, pues sólo se interesaba por su lectura, y así, al cabo del tiempo, reúne una biblioteca sin querer, que hará creer a generaciones venideras que era un bibliófilo, cuando una vez leído el libro le era indiferente regalarlo o tirarle.

He dejado para lo último lo que yo califico de superbibliófilo, o sea el que, enamorado en extremo por los libros raros e importantes, de tal forma los estudia y admira que llega a grabárselos en su imaginación y siempre puede recrearse mentalmente con ellos, y por eso le es fácil describirlos exactamente y aun recitar páginas enteras de los mismos, como ocurría con D. Marcelino Menéndez y Pelayo, don Jaime Ripoll y otro muy conocido, que no nombro por ser muy allegado familiar, a quien yo he visto semanas enteras sin separarse de un libro estudiándolo y leyéndolo, hasta que conseguía asimilárselo en forma que ya no le interesaba y lo enajenaba, y esa era la razón por que en cualquier momen-

to podía describirlo como si lo tuviera delante, lo mismo que el genial artista graba una imagen en su cerebro, que luego, sin tenerla delante, la traspasa maravillosamente a un lienzo.

Una vez descritas las particularidades que más diferencian a estas modalidades de coleccionar libros explicaré algunas de las características que más distinguen a los bibliófilos; para el bibliófilo, dentro de sus aficiones, lo más importante es el estado de conservación del libro, esto es, que se halle completo, con buenas márgenes, que no esté sucio y que las hojas del mismo no tengan picaduras de polillas o se encuentren rotas; después de esto es muy importante la edición, que puede ser estimada por su rareza, corrección o desde el punto de vista tipográfico e ilustraciones que pueda tener, por el comentarista, y, por último, por la encuadernación del mismo, que en muchos casos es más valiosa que el libro que contiene.

El buen bibliófilo, cuando adquiere un libro que desgraciadamente no está en muy buen estado, se preocupa de su restauración, conservación, y si la encuadernación es deficiente lo encuaderna de nuevo; esta encuadernación es la que principalmente revela el gusto, refinamiento del bibliófilo y la estima que tiene por el libro, pues aunque el bibliófilo no tenga medios económicos suficientes para pagar una buena encuadernación, ésta es tan variada hasta en sus precios económicos que hace falta ser un buen bibliófilo para aplicar una encuadernación a un libro que armonice con la antigüedad y contenido del mismo.

Muchos bibliófilos han encuadernado sus libros aplicando en sus tapas un escudo heráldico, emblema, nombre o iniciales, pero esto no quiere decir

que todos los libros que ostentan en su encuadernación escudos heráldicos hayan pertenecido a un bibliófilo, pues en muchos casos estos escudos se han puesto en ejecutorias, títulos nobiliarios, procesionarios y misales como lujo y ostentación para un solo ejemplar, como otras veces han sido encuadernados magníficamente libros con escudos en las tapas, siendo su objeto un regalo; lo que sí prueba la existencia del bibliófilo es el *ex-libris* que aplica a sus libros, y que es una manera más modesta de indicar la propiedad del libro y la biblioteca.

Bibliótafo, palabra que procede del griego "Biblion" libro y "Taphe" sepultura, es el sepulturero de los libros. El bibliótafo no compra libros, pues si los comprase para que nadie los viese, sino solamente él sería, como antes he dicho, un bibliómano. El bibliótafo es el heredero del bibliófilo, que guarda la biblioteca de éste sin que jamás la vea nadie, y esto lo hace no por amor al libro: unas veces por cariño y respeto al bibliófilo que tanto se distinguió por su erudición; otras por el abolengo o tradición de la casa; otras porque no entendiendo nada de libros y estando en buena situación económica prefiere guardarlos a venderlos sin saber lo que valen y así esta biblioteca es como si fuese sepultada, y el que lo guarda es un bibliótafo; este caso es muy corriente, y citaré el de una biblioteca de las mejores de España que está en estas circunstancias, la del Sr. Zabálburu.

Siendo exclusivamente el objeto de esta conferencia los bibliófilos y sus bibliotecas, y aunque éstos han existido en todas las épocas, yo sólo citaré una pequeña parte de los que lo han sido desde la introducción de la imprenta hasta nuestros días, por ser ésta la que verdaderamente ha dado lugar que desde

el siglo XIX se generalice la palabra bibliófilo y la que ha despertado desde su descubrimiento más principalmente el afán del coleccionista del libro.

Los bibliófilos han sido numerosísimos desde el siglo XV hasta hoy, y sería imposible citarlos ni aun en su mayoría en una conferencia como tampoco hacer una biografía de los mismos, yo solamente enumeraré los más principales y daré noticias de ellos desde el punto de vista de bibliófilos.

Merece en lugar preeminente citarse como bibliófila a la reina Isabel la Católica, que por cierto nació en el año del descubrimiento de la imprenta, la cual reunió una importantísima biblioteca, en que figuraban la mayoría de los libros que se iban imprimiendo en aquella época, y era tal su afición a la lectura y estudio, que siempre que se trasladaba de un punto a otro hacía que llevasen parte de sus libros; los literatos y poetas eran recibidos con agrado en su Corte, por eso la mayoría de las obras de este género que se imprimieron en el siglo XV están dedicadas a esta gran reina.

Su biblioteca la donó a la Capilla Real que fundó en Granada, donde se conservó hasta que Felipe II dispuso su traslado a la Biblioteca de El Escorial. En el Archivo de Simancas se conservan dos inventarios de los libros que formaban esta biblioteca.

Otro de los más eminentes bibliófilos que tuvo una importante biblioteca en Valladolid fué don Juan López de Viveros, que por ser natural del pueblo de Palacios Rubios, es más conocido por el doctor Palacios Rubios. Nació en el citado pueblo de la provincia de Salamanca a mediados del siglo XV y murió hacia 1523; formó una magnífica biblioteca sobre jurisprudencia y legislación, en la que reunió

todo cuanto se había impreso de estas materias, e importantes manuscritos, y tan aficionado fué al estudio de ellas que llegó a ser el mejor jurisconsulto y escritor de su época, desempeñó a últimos del siglo XV, una cátedra de Derecho en Valladolid, su biblioteca pasó a acrecentar la de Salamanca, la cual Pedro Medina en su libro *Grandezas de España* (1548) elogia mucho, diciendo que era tal su importancia que en el centro de ella había un hombre en un púlpito vigilando que nadie se llevase ningún libro.

Otro buen bibliófilo fué Francisco López de Villalobos, que nació en Valladolid en 1469, se doctoró en Medicina y reunió una importante biblioteca sobre esta materia de más de 1.500 volúmenes: de la que no he podido saber su paradero. Publicó la importante obra de Medicina el *Sumario de Medicina*. Salamanca, 1498.

Una de las más importantes bibliotecas reunidas en el siglo XV fué la de Pedro González de Mendoza, más conocido por el Cardenal Mendoza; nació en Guadalajara en 1428 y murió en la misma ciudad en 1495; este ilustre escritor acostumbraba a poner su escudo miniado, a manera de *ex-libris*, en las portadas de las obras de su biblioteca. Parte de sus libros se encuentran en la Universidad de Valladolid, y algunos magníficamente miniados en la biblioteca de la Catedral de Burgo de Osma.

Fernando Colón, nacido en Córdoba en 1488, y que murió en Sevilla en 1539, hijo del descubridor de América Cristóbal Colón, ha sido el mejor bibliófilo que ha existido no sólo en el siglo XVI, sino hasta el día. Dedicó toda su vida a la adquisición de libros de todos los ramos del saber humano, para lo cual, a pesar de las dificultades de los me-

dios de comunicación de aquella época, viajó por toda Europa en busca de los mismos, teniendo por costumbre poner al final de los libros su coste y dónde lo había comprado. Por este procedimiento llegó a reunir en Sevilla una biblioteca de más de 20.000 volúmenes, y como perfecto bibliófilo los leía, y así llegó a adquirir gran renombre de sabio y estudioso en las materias de cosmografía, geografía, viajes e historia natural; esta biblioteca es elogiada por varios historiadores del siglo XVI y por Pedro de Medina, que dice ser una de las cosas más notables que había en Sevilla en 1548.

Fernando Colón tenía tal percepción de la importancia de su biblioteca, que quiso se conservara, y dispuso en su testamento que dejaba 100.000 maravedises para el sostenimiento de la misma, y que si su sobrino no la quería conservar pasara a la Metropolitana de Sevilla. Este sobrino, D. Luis, la tuvo en su poder sin hacer caso de ella hasta 1552, que pasó a la catedral, donde ya empezaron a perderse libros; en 1577, cuando Felipe II hizo que le entregasen los manuscritos originales de San Isidoro que estaban en esta biblioteca para publicarlos, los mandatarios aprovecharon para llevarse muchos libros.

El abandono de esta biblioteca fué tal que en el siglo XVIII la tenían a su cargo los barrederos de la catedral, y en el XIX D. Rafael Tabares cuenta que los chiquillos jugaban con los libros y que éstos estaban debajo de goteras donde se pudrían a más y mejor; en París se vendió en más de un millón de francos un lote de Códices de esta biblioteca, que el vendedor había adquirido en Sevilla en 10 pesetas.

De esta biblioteca, que sería si se conservase como la dejó Colón la mejor del mundo, y que constaba,

como he dicho, de 20.000 volúmenes, hay escasamente hoy en la catedral de Sevilla unos 4.000.

Fernando Colón quiso legar a la Humanidad un tesoro, y dejó hasta los medios económicos para ello; no lo consiguió, pero él mismo ya lo sabía. Suyas son estas palabras: "Que a pesar de todas las precauciones posibles nadie puede impedir que se roben libros aunque estén atados con cien cadenas". Y también decía: "Es más difícil guardar libros que guardar doncellas, porque si éstas son recatadas y honestas al llevárselas chillan, pero el libro se lo llevan y no puede chillar".

Don Fernando de Aragón, Duque de Calabria, reunió una importantísima biblioteca, que donó en 1550 al Monasterio de San Miguel de los Reyes de Valencia; después de varias vicisitudes y expoliaciones, parte de esta biblioteca se conserva en la Universidad de Valencia; en el archivo histórico nacional hay un Códice, que es el inventario de esta librería, en el que consta tenía magníficas colecciones de libros de historia, literatura y ciencias.

Fué gran bibliófilo el Cardenal Cisneros, que además de formar la magnífica biblioteca complutense de Alcalá de Henares mandó imprimir muchísimos libros, que hoy admiramos, con sus armas en la portada, y a este gran sabio y amante de los libros se debe la impresión de la magnífica Biblia llamada Políglota o Complutense.

El famoso historiador cronista y poeta catalán Pedro Miguel Carbonell nació en Barcelona, 1534, y murió en la misma ciudad en 1617; reunió muy buena biblioteca de literatura e historia, y de tal manera sobresalió como historiador, que fué nombrado por Don Juan II archivero de la Corona de

Aragón; sus obras son las principales para la Historia de Cataluña.

El Catedrático de Teología D. Alfonso Curiel, que nació en Palenzuela (Burgos) y murió en Salamanca 1609; formó una rica biblioteca, que legó a los Benedictinos de San Vicente, de Salamanca.

El militar diplomático y licenciado en Filosofía, D. Bernardino de Mendoza, que nació en Guadalajara hacia el 1541 y murió en Madrid en 1604, formó una importantísima biblioteca de arte militar, siendo el más ilustre escritor en esta materia de su época. Su biblioteca la tenía en el Monasterio de San Bernardo, adonde se retiró; ha sido dispersada, y algunos de sus libros y manuscritos originales se conservan en la actualidad en la Biblioteca Nacional.

El sabio extremeño Benito Arias Montano, nacido en 1527 en Fregenal de la Sierra, fué uno no sólo de los mejores escritores del siglo XVI, sino de los más prolíficos, publicando entre ellos la famosa *Biblia Regia*, que lleva su nombre, y de la cual existen algunos valiosos ejemplares impresos en vitela; tuvo una gran biblioteca, de la que hizo una lista o catálogo en 1548 y otra en 1553, en que figuran verdaderas joyas de la bibliografía. De sus innumerables escritos se conservan algunos originales en la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Juan de Malara fué preceptor de Gramática y escritor famoso; reunió una biblioteca de libros rarísimos, de la cual hay una lista en el Archivo de protocolos de Sevilla.

El Arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustín, que nació en Zaragoza en 1517 y murió en Tarragona en 1586, fué como bibliófilo de los más importantes del siglo XVI, pues, aparte de introducir

nuevamente la imprenta, que había desaparecido en Tarragona en 1500, trayendo para este objeto a Felipe Mey, de Valencia, fué el primero que implantó el sistema de catalogación de las bibliotecas por materias; reunió una importante biblioteca, principalmente de Numismática, Historia y Jurisprudencia, de las que escribió muy importantes obras; la arqueología le debe muy brillantes aportaciones. Esta biblioteca pasó al fondo de la de El Escorial y se publicó catálogo de la misma en 1586.

En Zaragoza, a mediados del siglo XVI, D. Gabriel de Sora reunió una importante biblioteca sobre obras de Derecho, en cuya materia se distinguió mucho como escritor; murió en Albarracín y se publicó catálogo de su Biblioteca en 1618.

En Villarroya de los Pinares, provincia de Teruel, nació en 1540 Francisco Peña, que murió en 1612 en Roma. Ocupó altos cargos eclesiásticos, fué escritor de más de veinte obras sobre temas doctrinales y reunió una biblioteca, que legó al convento de la Minerva, de Roma.

Este bibliófilo es seguramente el primero que en España usó *ex-libris*, o sea marca de posesión que se pone a los libros.

El famoso médico sevillano Nicolás Monardes, que nació en 1493 y murió en 1578 u 88, fué el mejor escritor de Farmacopea de este siglo; reunió un magnífico museo de objetos de historia natural, en particular de América, que tuvo fama mundial en aquella época, donde además tenía su biblioteca, en que conservaba todos los libros referentes a Medicina y Farmacia que se habían publicado.

En este siglo XVI, en que ya toman gran incremento las bibliotecas y en que influye mucho la gran afición y amor a los libros del rey Felipe II,

que deseaba formar la mejor biblioteca del mundo en El Escorial; muchas de las bibliotecas de los bibliófilos de esta época pasan a engrosar los fondos de la misma, entre ellas las del Cardenal D. Francisco de Mendoza y Bobadilla, D. Pedro Ponce de León, Obispo de Plasencia; D. Honorato Juan, Obispo de Osma; D. Diego, Prior de Roncesvalles; D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Juan Páez de Castro, Hernando de Talavera y otros.

En el siglo XVII el número de bibliófilos y de bibliotecas particulares aumenta como razón natural del incremento y desarrollo que alcanza en España en esta época la imprenta, y el afán del estudio y de leer forman las magníficas bibliotecas de muchos de estos eruditos, de las que citaré las más notables.

En Huesca, donde había nacido en 1607 y murió en 1684 D. Juan Vicente de Lastanosa y Baraiz de Vera, formó lo que podemos llamar con propiedad un museo de arqueología y una magnífica biblioteca que abarcaba todos los conocimientos del saber humano, dando lugar a que sus coetáneos dijeren: "El que va a Huesca y no ve casa Lastanosa no ve cosa."

Era muy aficionado a la Numismática, de la que escribió dos muy notables obras.

Latasa da un catálogo extractado de esta biblioteca, donde se citan libros tan raros que no se conoce hoy ejemplar de alguno de ellos. Esta biblioteca fué dispersada, y uno de los más notables manuscritos sobre la casa de Lastanosa, con dibujos del mismo sobre la arquitectura de la casa y jardines, figura en la actualidad en la biblioteca de don José M.^a Marañón.

El Conde Duque de Olivares reunió una buena Biblioteca, en que muchos de los ejemplares estaban

lujosamente encuadernados, ostentando las armas de su casa en las tapas; fué gran protector de los escritores y de los libros, siendo muchos de los de esta época que están dedicados a él y con sus armas en las portadas.

Otra biblioteca muy importante fué la formada por el Duque de Medina de las Torres, que también encuadernó muchos volúmenes en tafilete rojo, con las armas de su casa doradas sobre las tapas; esta biblioteca debió de ser muy numerosa, de libros muy raros y de gran valor, pues todos los libros que he visto, y han sido bastantes, son de los más estimados por los bibliófilos, como el *Cancionero general*, de Hernando del Castillo, impreso en 1511, que posee la Nacional, y el de 1527, que está en poder de D. Roque Pidal.

El ilustre militar Marqués de Caracena, D. Luis de Benavides y Carrillo de Albornoz, que nació en Valencia en 1608 y murió en Madrid en 1668, reunió una de las mejores bibliotecas que ha habido en el siglo XVII, toda ella encuadernada sencillamente en piel oscura con el escudo de su casa en las tapas y cintas verdes para atar el volumen y evitar que se abriese. Esta biblioteca fué numerosa y muy selecta, de carácter general, pero con preferencia de libros de historia, militar y literatura.

Admirador de los literatos contemporáneos fué Mecenas de alguno de ellos, como Miguel de Barrios y Alonso de Zepeda, y reimprimió las obras de Quevedo, Góngora y Raimundo Lulio.

Esta biblioteca se conservó hasta el fin del siglo XIX, vinculada en la casa Frías, como asimismo las de la casa Moya y la del Conde Duque de Olivares, y en 1893 fueron vendidas por la duquesa a Pedro Vindel Alvarez, el cual vendió 1.000 volú-

menes escogidos a D. José Sancho Rayon, que los adquirió para la biblioteca del Sr. Zabálburu, donde aún se conservan; el resto de los libros, unos 5.000 volúmenes, se ha dispersado; entre otros rarísimos libros había ejemplares de Podio, *Ars Musice*, Valencia, 1495; Angleria, *Décadas*, Sevilla, 1511; Juan de la Encina, *Cancionero*, 1519; *Desafío de Carlos V con Francisco I*, Barcelona, 1528, y otros.

La famosa biblioteca de D. Pedro de Aragón, encuadrada por este prócer toda uniforme (aparte de los tamaños) en tafilete rojo, con sus armas doradas en las tapas y nombre del mismo, era de carácter general; llegó a reunir más de 4.000 volúmenes de libros preciosos y códices de inestimable valor; pasó íntegra a la biblioteca del Monasterio de Poblet, donde se conservaba en sala aparte, pero desgraciadamente fué destruída y saqueada en 1835, no salvándose nada más que unos centenares de volúmenes, que se encuentran en la actualidad en poder de particulares, como el *Cancionero general*, de 1557, que conserva D. Roque Pidal y otros que se hallan en la Biblioteca provincial de Tarragona y Seminario.

De Jurisprudencia, Economía e Historia formó una buena biblioteca el escritor D. Juan Bautista Larrea, que nació en Madrid en 1645, que regentó varias cátedras y alcanzó los más altos puestos de la gobernación del Estado referentes a Hacienda.

La biblioteca del Marqués de la Torre fué vendida en 1654 en Zaragoza; en ella había libros de todas clases raros y muy curiosos.

El bibliófilo más importante de este siglo fué sin disputa Nicolás Antonio, que nació en Sevilla en 1617 y murió en Madrid en 1684; puede decirse

que dedicó toda su vida a reunir y estudiar libros, llegando a formar una biblioteca de más de 30.000 volúmenes, cifra verdaderamente fantástica para aquella época, lo que le permitió publicar su magnífica obra de bibliografía *Biblioteca Hispánica*, que hoy es la verdadera fuente de investigación de que se han valido y valen todos los bibliógrafos; es casi seguro que esta bibliografía constituía un catálogo de sus libros y por esto se puede juzgar el valor e importancia de esta biblioteca y la veracidad de sus descripciones bibliográficas.

El rey Felipe IV le concedió varios honores y tuvo algunos cargos eclesiásticos, pero de poca retribución, lo cual originó que a su muerte no sólo se había gastado todo cuanto ganaba, sino que tenía muchas deudas adquiridas en su afán de bibliófilo de comprar libros y dar a la stampa sus publicaciones. En la Biblioteca Nacional se conservan unos valiosos apuntes autógrafos referentes a una biblioteca hispano-rabínica que pensaba publicar. Su biblioteca pasó a la Vaticana de Roma.

Además de los citados son muchos los bibliófilos de este siglo, entre ellos D. Juan Francisco Andrés de Uztarroz, Cronista del Reino de Aragón, Marqués de Astorga; José Bermúdez, abogado del Consejo Real; el infante D. Fernando, tercer hijo de Felipe III, que fué Cardenal Arzobispo de Toledo; D. Isidoro Aliaga, Arzobispo de Valencia; D. Diego Fernández de Moros, doña Mariana de Vallgornera y Cardona, D. Fernando de Prado, Mollinedo y Vall, D. Juan Isidro Fajardo y otros.

En el siglo XVIII formó una gran biblioteca don Fernando José de Velasco y Ceballos, camarista de Castilla.

De esta biblioteca existe un catálogo manuscrito

en dos volúmenes, en el que se reseñan los libros que la formaban y en el que dice fueron vendidos al marqués de la Romana, esto último es un error: esta biblioteca, de unos 10.000 volúmenes, fué dispersada probablemente en lotes, pues en el catálogo de la biblioteca del marqués de la Romana figuran libros de la misma. El marqués de Casa Mena también tenía libros de ella; en los catálogos de las librerías de España han figurado libros que tenían *ex-libris* de esta biblioteca, y yo, hace años, adquirí un importante lote de la misma en Santander, en que se encontraban ejemplares de las obras *Cartagena, Doctrinal de Caballeros*. Burgos, 1487; López de Mendoza, *Proverbios*. Sevilla, 1494; Pomponio Mela, de *Situ Orbis*. Valencia, 1482; Ptolomeo, *Cosmographia*. Ulma, 1482, con los mapas iluminados de la época y otros.

El buen bibliófilo valenciano D. Gregorio Mayans y Siscar, que nació en 1609 y murió en 1781, formó una de las buenas bibliotecas de carácter general que ha habido en España; en ella se encontraban ejemplares únicos de los incunables *Ximenez De Tormis Inundationes*. Salamanca, 1500; Alfonso de Palencia, *Perros contra los lobos*. Salamanca, 1494; Miravet, *Gramática*. Valencia, 1495. Estos incunables se consideraban perdidos y han sido hallados por mí en la Biblioteca del Palacio Nacional.

De esta biblioteca existe un índice de los libros de milicia terrestre y marítima que ha publicado don Vicente Castañeda, en la que se citan las obras más raras de esta materia. Parte de esta biblioteca la conservan sus herederos en Valencia y otra parte ha sido dispersada.

El ilustre valenciano Pérez Bayer reunió una magnífica biblioteca en Valencia, que donó en 1785

a la ciudad. Para la entrega de esta biblioteca se realizaron actos muy solemnes: formaron las tropas, y en bandejas de plata fueron presentados los seis volúmenes de la *Biblia Políglota*, que se colocaron como base del edificio literario. Esta biblioteca, formada por más de 20.000 volúmenes, entre los que se encontraban unos 150 incunables, fué incendiada en el bombardeo que el general Suchet hizo a Valencia el año 1809, y de esta biblioteca, cuya mayoría de los ejemplares estaban encuadernados en tafilete rojo, sólo se salvaron tres o cuatro volúmenes. En 1785 se publicó un folleto con las fiestas y actos que se verificaron con motivo de la donación de esta biblioteca.

Don Ramón Foguet y Foraster, catalán, reunió una importante biblioteca sobre Numismática, Cerámica y Arqueología, que legó a su muerte al convento de San Francisco de Tarragona, y que más tarde muchas de estas obras pasaron a la provincial de la misma.

Don José Gutiérrez de Solórzano, Marqués de Grimaldo, nacido en Vizcaya en 1664, y que murió en Madrid en 1733, reunió una biblioteca, que fué adquirida por D. Melchor Gaspar de Jovellanos, quien a su muerte, más acrecentada, la legó al actual Instituto de Gijón que lleva su nombre.

Una biblioteca muy numerosa, y que fué dispersada a fines del siglo XVIII, fué la formada por don Juan Caraballo y Vera, quien ponía a sus libros un *ex-libris* de gran originalidad y de buen bibliófilo.

Don Blas Antonio Nasarre y Ferrer, que nació en 1689 y murió en 1751, fué un gran bibliófilo, llegando a ser bibliotecario real; reunió una gran biblioteca de literatura, publicó una segunda parte del *Quijote* de Avellaneda con el seudónimo de "Isidro

Perales", y no hizo muy buenos elogios de Cervantes y Calderón.

El ilustre prelado mallorquín D. Antonio Despuig y Dameto, buen bibliófilo, fundó una magnífica biblioteca y Museo de Bellas Artes en Palma de Mallorca a fines del siglo XVIII. La biblioteca pasó a poder de los condes de Montenegro, que en 1910 la cedieron a la Vaticana de Roma.

En Barcelona el marqués de Llio, que murió en 1763, reunió una biblioteca que se conservó hasta 1909, en que se vendió en varios lotes en la misma ciudad. Existe un catálogo de una pequeña parte de esta biblioteca, que consta de 240 títulos de gran rareza publicada por el librero Antonio Palau.

Don Tomás Fermín de Arteta, que fué catedrático de Hebreo en los reales estudios de San Isidro de Madrid, formó una biblioteca que se vendió públicamente en la calle de la Cruz, núm. 4, en 1799.

Don Agustín Arques y Jover reunió una importante biblioteca al final del siglo XVIII sobre historias y misiones en la ciudad de Elche, donde a su muerte se dispersó.

El sabio militar D. Antonio Ulloa, que nació en Sevilla en 1716 y murió de Teniente General en 1795, fué un bibliófilo de los más eminentes de esta centuria, pues se preocupó de perfeccionar la imprenta, la encuadernación y hasta mandó fabricar papel especial para imprimir sus obras; reunió una importante biblioteca sobre Marina, Astronomía e Historia Natural, en cuyas materias hizo muy notables descubrimientos; esta biblioteca fué dispersada.

Don Juan Ramis y Ramis, historiador, jurisconsulto y literato, que nació en Mahón en 1746 y murió en la misma en 1819, fué el investigador más

importante que ha tenido la isla, formando una buena biblioteca de Historia y Numismática. Publicó más de 20 obras sobre la Isla de Menorca.

Diego de Torres de Villarroel, hijo de un librero, tuvo una vida muy aventurera, y en sus últimos años de catedrático en Salamanca formó una biblioteca, que en la actualidad posee en la misma ciudad D. Rafael Aguado.

En el siglo XVIII, en que la imprenta se perfecciona, constituyendo un verdadero arte, los bibliófilos se multiplican, y, además de los citados, forman bibliotecas D. José Isidoro de Torres (Catedrático de Valladolid), D. José María Urreta y Ayerbe, don Andrés Valdecañas (de la ciudad de Luceña), don Nicolás de Vargas, D. Francisco Vargas Machuca, el Conde de Tepa, D. Juan Smich (General de la Marina), D. Fernando María Segovia, D. José Joaquín Silva-Bazán (Marqués de Santa Cruz), D. Fermín Francisco de Carvajal (Duque de San Carlos), el doctor D. José Ruiz y Román, Antonio Posada Rubín de Celis (Obispo de Cartagena), Marqués de Perales, Marqués de Ovando (Capitán General de Filipinas), Conde de Noblejas, el doctoral D. José Muñoz Raso, D. Juan Miranda y Oquendo, D. Félix Martínez de Espinosa, Conde de Mansilla, el doctor Francisco Antonio de la Macorra, el inquisidor D. Juan de Loaysa, Tomás Lezaun (historiador aragonés), D. José de Juste (del Seminario de Orihuela), D. Juan Bernardo de Yparraguirre (de Fuenterrabía), Duque de Híjar, el fabulista D. Cayetano María Huarte, D. Julián Herмосilla, Antonio de Guemes (Conde de Revillagigedo), Conde Fuentes, D. Cesáreo Teodoro de Flores (profesor de Medicina en Toledo), D. Francisco de Paula e Ibarra (abogado del Consejo Real), D. José Co-

lón (de Cáceres), Barón de Castiel, Luciano Casadevall (Canónigo de Vich), Marqués de la Cañada, Condesa de Campo Alange, D. Francisco Bofarull, D. Francisco Bernaldo de Quirós, Marqués de Ayerbe, Fray Francisco Méndez, D. José Gil de Araujo (Canónigo de Sevilla), D. Rodrigo Aranda, Marqués de Angeja, D. Salvador Amezcua, D. José María Alvarez de la Campana, D. Joaquín Miguel Almansa y Uriarte, D. Vicente Acuña, don Antonio José Alvarez de Abreu (Marqués de la Regalía), Duque de Abrantes, Tomás Vargas Machuca, D. Vicente María Vera Ladrón de Guevara (Conde de la Roca), D. José Villarreal, D. Cristóbal Manuel de Villena, D. Pedro Francisco de Luján y Góngora (Duque de Almodóvar), D. Pedro Alejandro Barrantes, Condesa de Campo Alange, los Caros de Valencia, Francisco Coloma (Conde de Elda), José Ezquerro y Guirior (General de Marina), don Mariano Aisa y Cabrerizo (Barón de la Torre), don Pedro de Leiba (marino y naturalista), D. José Muñoz Raso, D. Manuel Murgutio (regidor perpetuo de Logroño), D. José Vergara y Vergara, y otros muchos.

En el siglo XIX es cuando verdaderamente en España adquiere el libro valor, importancia comercial y rareza bibliográfica. Las bibliotecas de este siglo son numerosísimas y los bibliófilos cuya denominación se empieza a usar en el mismo son tantos que solamente reseñaré los más eminentes, cuyas bibliotecas han sido las más importantes, limitándome, como antes he dicho, a su aspecto de bibliófilos sin pretender hacer una biografía de los mismos, muchas de las cuales han sido hechas por prestigiosas plumas, y que daría lugar a salirse del objeto de mi conferencia.

El más ilustre bibliófilo de este siglo, honra de España en el mundo entero, es tan conocido y tal respeto me merece que me limitaré a decir que se llamaba D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que reunió una magnífica biblioteca, que hoy puede admirarse en el edificio-biblioteca que lleva su nombre en Santander.

Otro bibliófilo del más alto renombre y quizá el más apasionado por los libros fué D. Bartolomé José Gallardo.

Bibliófilo, y en algunos casos bibliómano se cuentan multitud de anécdotas en su vida bajo estos dos aspectos.

Investigador infatigable revisó todas las bibliotecas que había en España, principalmente las de los Conventos, en donde permanecía todo el tiempo necesario hasta hacer la última papeleta de los libros que contenían. Muchas de éstas fueron ordenadas por Sancho Rayón y Zarco del Valle, publicando la obra *Biblioteca Española de libros raros y curiosos*, en cuatro volúmenes, conocida vulgarmente por "El Gallardo".

Otras muchas papeletas y papeles de Gallardo se encuentran en poder de varias personas, algunas de las cuales citaré más tarde.

Uno de los bibliófilos más importantes que ha habido en España y que más investigaciones bibliográficas ha hecho, hijo ilustre de Guadalajara, fué D. Cristóbal Pérez Pastor, a quien se deben varias publicaciones bibliográficas premiadas por la Nacional. Este gran erudito, no contento con el estudio de los fondos de las bibliotecas públicas, recorrió todas las iglesias de Madrid, examinando sus archivos, particularmente los libros parroquiales, dando a conocer muy importantes noticias sobre

todo lo que tiene relación con el libro, como librerías, encuadernadores, impresores, fábricas de papel, etcétera.

Parte de estos documentos, que compró la Academia Española, han sido publicados en cuatro volúmenes por la misma.

El cultísimo D. Pascual de Gayangos, a quien el Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios debe todas sus enseñanzas y al que el British Museum, de Londres, encomendó la catalogación de todos sus manuscritos y libros raros que poseía, reunió una importante biblioteca, que en 1900 fué comprada en 400.000 pesetas por el Estado, pasando a la Biblioteca Nacional. Fué un gran competidor de Gallardo.

Don Antonio Cánovas del Castillo, para quien los libros constituían su mayor gozo y recreo, formó una biblioteca de más de 35.000 volúmenes, que a su muerte fué repartida en lotes entre sus doce herederos, la mayoría de los cuales vendieron su parte, siendo dispersada. En esta biblioteca se encontraba el famoso incunable *Jardín de Nobles Doncellas*, impreso en Valladolid en 1500, cuyo libro compuso Alfonso de Córdoba, especialmente para la educación de la Reina, y que hasta hoy es ejemplar único.

El famoso bibliófilo, escritor y pintor zaragozano D. Valentín Carderera reunió una de las más importantes bibliotecas de este siglo, que constaba de 7.000 volúmenes y de una colección de grabados y dibujos, en la que había 32.000 retratos, 70.000 grabados y 2.000 dibujos.

A su muerte dispuso en su testamento fuesen ofrecidas su biblioteca y colecciones al Estado; sus herederos cumplieron esta disposición, y el Estado tardó más de un año en contestar que no podía pa-

gar más de 6.000 pesetas por todo esto, que, mal tasado, valía en aquella época más de 20.000 duros.

La Biblioteca Nacional, en 1869, adquirió la parte iconográfica, aunque no completa; en la Academia de Bellas Artes existe algún legado de importancia. Muchos libros y apuntes se conservan en la Provincial de Zaragoza; parte de los libros se vendieron públicamente, y otros los han vendido recientemente sus herederos.

La más importante biblioteca formada en el siglo XIX fué por los valencianos, libreros y bibliófilos Salvá, padre e hijo, publicando este último el catálogo de la misma en 1872, en dos volúmenes, que con la obra de Gallardo son las dos mejores obras de la bibliografía española. Esta biblioteca, donde figuran los libros más raros y las mejores joyas bibliográficas de nuestra literatura, fué adquirida por D. Ricardo Heredia en 150.000 pesetas, que había, a su vez, reunido otra biblioteca en Málaga con libros procedentes del Marqués de Morante y de Maximiliano I, y que más tarde fueron subastados en París el año de 1892, publicándose un catálogo en cuatro volúmenes de los mismos. Los precios que alcanzaron en la subasta estos libros, fueron ridículos, aun para aquella época; muchos de ellos se encuentran actualmente en España, en bibliotecas públicas y privadas, y todos los bibliófilos estiman hoy en mucho el poseer un libro que lleve el super-libris de la biblioteca de Salvá en sus tapas.

José Sancho Rayón fué un gran bibliófilo y rival de Gallardo, quien le puso el mote de *el Culebro*, y a la muerte de éste vino a ocupar material e intelectualmente el puesto del mismo; ordenó y publicó en 1862 la *Biblioteca de libros raros y curio-*

sos, y colaboró con el Marqués de la Fuensanta del Valle en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, como también hizo un ensayo de reproducciones fotolitográficas de libros muy raros.

Intervino en la entrega de la biblioteca del Marqués de la Romana, que estaba sin catalogar, de donde se llevó muchos libros a su casa para estudiarlos y luego devolverlos (para esto último, según dicen, tenía muy mala memoria), y a su muerte en 1899 lo principal de su biblioteca lo adquirió el Marqués de Jerez de los Caballeros en 30.000 pesetas; estos libros engrosaron la biblioteca de este señor, que más tarde vendió al Sr. Huntintong; el resto fué adquirido en 20.000 pesetas por un librero, dispersándose.

Este bibliófilo también manejó la biblioteca del Marqués de Salamanca, y consiguió que las Cortes dispusiesen que todos los libros raros duplicados que hubiese en las bibliotecas provinciales pasasen al Ministerio de Fomento, donde él disponía de su traslado a otras bibliotecas.

Don Pascual Savall formó una biblioteca de libros de Aragón, historia y fueros, que en 1915 fué vendida por sus herederos y dispersada.

Don José María Sbarbi, autor del *Refranero español*, reunió una completísima biblioteca de esta materia, que fué vendida y dispersada; en ella se encontraban un ejemplar de los refranes glosados, sin fecha, pero impreso en el siglo XV, y una estampa del siglo XVI, grabada en cobre, representando refranes en acción, ambas cosas ejemplares únicos.

El eminente calígrafo D. Torcuato Torio de la Riva formó una biblioteca sobre libros de caligrafía, una colección de tarjetas de visita y otra

de *ex-libris*; éstas fueron vendidas por sus herederos en 1886, 1893 y 1895. Entre los libros de caligrafía tenía Iciar *Arte de Escribir* (Zaragoza, 1550); Pérez, *Arte de Escribir* (1599). Estos libros pasaron a la colección de D. Félix Boix; la de *ex-libris* sirvió de base a la que reunió mi padre, y de la que yo he publicado catálogo en 1927, y las tarjetas de visita formaron el principal núcleo de la colección Boix; entre ellas había una muy curiosa que en el reverso tenía un dibujo original de Goya.

Don Isidoro Urzáiz formó una selecta biblioteca en la que había gran número de novelas picarescas de los siglos XVI y XVII, y algunas comedias impresas en letra gótica.

Esta biblioteca, a la muerte de este señor y por deseos de sus herederos, fué tasada por mi padre en 250.000 pesetas, que adquirió de ella muchos libros de los más importantes y más tarde, muy expoliada, ha sido enajenada por un librero y dispersada.

El Marqués de Valmar, en Deva, reunió una importante biblioteca en que se conservaba muy buenos libros de literatura e historia; a su muerte fué repartida entre sus herederos, algunos de los cuales enajenaron su parte y fueron dispersados; entre las raras obras que tenía, son dignas de mención: Columna, *Regiment dels Princesps* (Barcelona, 1498); unas *Leyes de la Hermandad*, impresas en 1486; muchísimas primeras ediciones de Lope de Vega, Góngora, Salas Barbadillo, Santos y la primera edición del *Persiles*, de Cervantes.

Don Justo Zaragoza formó una biblioteca sobre viajes, en particular de Australia, de que ha publicado una importante obra; su biblioteca fué

vendida en 1894 por su viuda y dispersada. En ella se encontraban rarísimas relaciones de los viajes de Pedro Fernández de Quirós y muchos libros de América y Filipinas.

Martín Fernández de Navarrete, ilustre marino, fundador de la biblioteca del Depósito Hidrográfico, que es en la actualidad el principal fondo de la biblioteca del Museo Naval y del Observatorio, reunió una importantísima biblioteca particular de libros rarísimos, y entre la que se encuentra, según referencias que tengo, tres ejemplares de la primera edición del *Quijote*. Esta biblioteca la posee en la actualidad el Marqués de Legarda, que la conserva en Avalos, provincia de Logroño.

A Fernández de Navarrete se debe la importante bibliografía titulada *Biblioteca marítima española*, dos volúmenes.

Uno de los bibliófilos que más se han ocupado de la propagación del libro y el amor a las letras hispanas fué D. José Gutiérrez de la Vega, a quien sus contemporáneos llamaban el "León español". Reunió una importante biblioteca sobre caza, que sus herederos se apresuraron a dispersar.

El eminente músico D. Franciscò Asenjo Barbieri formó la mejor colección de libros de música que ha habido en España, y a su muerte dispuso en su testamento que D. Marcelino Menéndez y Pelayo eligiese los ejemplares que fuesen de su agrado y el resto pasase a la Biblioteca Nacional; donde, sin tener en cuenta que era una selecta biblioteca de música y muy completa, que debía conservarse en conjunto, distribuyó los libros, excepto los manuscritos, mezclándolos con los de otras materias, y ni siquiera conservó las

papeletas de éstos, de forma que se pudiese saber las obras de que constaba esta biblioteca, que podrían servir para escribir una bibliografía de la música española.

El Marqués de la Romana reunió una biblioteca importantísima, cuyo fondo principal era una remesa de libros enviada a la reina Cristina de Suecia, que fué gran bibliófila y había comisionado a varias personas para adquirir libros y biblioteca para ella, e incluso de España se la mandaban todos los libros que se publicaban, y que no recibió este envío, el cual fué hallado en 1807 en Dinamarca por el General Marqués de la Romana (que mandaba la expedición española) en unas cajas, y que se trajo a España, donde siguió adquiriendo libros de otras bibliotecas, como de la de D. José Fernando de Velasco.

En 1865 fué adquirida por el Estado y se hizo cargo de ella Sancho Rayón, que, como he dicho antes, se llevó los libros que tuvo por conveniente, y se publicó después de esto un catálogo con el resto, en que se reseñan miles y miles de volúmenes de inestimable valor y en el que se citan más de 180 incunables, libros rarísimos y valiosos códices, entre ellos Gerson, *Menosprecio del mundo* (Burgos, 1495); Vasurto de *Natura loci et temp.* (Salamanca, 1495); Nebrija, *Gramática* (Barcelona, 1497); Valderrábano, *Silva de sirenas* (Valladolid, 1565); Nola, *Arte de cocina* (Valladolid, 1538); y entre los códices, los trabajos de *Hércules* y *Ordenanzas de la Inclita Orden del Bellocino dorado*, ambos del siglo XV y sobre vitela.

El famoso bibliófilo catalán Jaime Ripoll y Vilamayor, nacido en Preixana (Lérida) en 1775 y que murió en Vich en 1843, no sólo reunió una

buena biblioteca, sino que publicó muchos folletos de carácter bibliográfico; él fué el que descubrió el famoso ejemplar único de la *Gramática*, de Mates, impresa en Barcelona, que lleva en el colofón la fecha equivocada de 1468 y que ha dado lugar al apasionamiento de algunos bibliófilos catalanes, de creer que Barcelona fué el primer sitio donde se imprimió en España.

Don José de Ezpeleta y Veire de Galdeano, Conde de Ezpeleta, reunió una biblioteca en Navarra, que más tarde fué adquirida por su actual poseedor, el Marqués de Casa-Torres. En Santa Fe de Bogotá, donde estuvo de Virrey antes de ser Capitán General de Navarra, fundó el primer periódico y se ocupó de mejorar la biblioteca de este país, adquiriendo muchos libros para ella.

Don Pedro José Pidal, asturiano, político e historiador, reunió una de las buenas bibliotecas de su tiempo; adquirió por compra, cuando iba a marchar al extranjero, el códice del *Poema del Cid*, que por cierto el Estado no quiso adquirirlo por el mismo precio que le había costado. Logró traer a España el famoso *Cancionero* de Alvarez de Baena, para hacer una reimpresión, que encabezó con una notabilísima introducción. Su biblioteca la formaban cerca de 12.000 volúmenes, y en ella se encontraban los raros libros *Baladro*, de Merlin (Burgos, 1498), ejemplar único; *Quinto Curcio* (Sevilla, 1496, y Barcelona, 1481); *La Fiameta*, de Boccaccio (Salamanca, 1497); *Exemplario contra desengaños* (Burgos, 1498); códices y cartas autógrafas de Lope de Vega y cientos de volúmenes de la mayor rareza. El 75 por 100 de esta biblioteca está en poder del actual Marqués de Pidal.

El Marqués de Casa Mena reunió una biblioteca

cuyos ejemplares se encuadernaron con sus iniciales en las tapas, debajo de la corona de marqués. Esta magnífica biblioteca fué dispersada, y en la actualidad, unos 400 libros muy raros los tiene la Marquesa de Benamejí, en Santillana, y otros libros están en bibliotecas particulares, entre ellos las *Décadas*, de Tito Livio (Zaragoza, 1520), que es el mejor libro impreso en España en el siglo XVI y que posee D. Roque Pidal.

Don Bonifacio Delgado, Profesor marmolista de Madrid, reunió una importante biblioteca de Arquitectura, que fué vendida a su muerte y dispersada, y entre cuyos libros tenía el rarísimo de López de Arenas, *Carpintería de lo blanco* (Sevilla, 1633), y el primer libro de bellas artes impreso en España, titulado *Medidas del romano*, por Diego de Sagredo, impreso en Toledo en 1526, que fué adquirido por el fallecido Duque de T'Serclaes y que en la actualidad se halla en la biblioteca de D. José María Marañón; de este libro no se conoce más ejemplar que éste y el que figura en la biblioteca de Menéndez y Pelayo.

El gran historiador D. Vicente Lafuente, eminente bibliófilo, tuvo una buena biblioteca, que fué dispersada a su muerte; llegó a ser uno de los más activos bibliotecarios que ha habido, como lo prueba que en 1848, que se trasladó la biblioteca complutense a Madrid, clasificó en tres meses los 20.000 volúmenes de que constaba.

En Villarrubia de los Ojos, de donde era organista, reunió una importante biblioteca de música D. Francisco Hilarión Rodríguez, que a su muerte fué vendida por sus herederos, encontrándose entre sus libros a Bermudo, *Declaración de instrumentos*

musicales (Osuna, 1549), y Martín de Bizcargui, *Arte de canto llano* (Burgos, 1526).

Don Benito Maestre reunió una biblioteca de novelas antiguas españolas, que adquirió la Nacional en 1863. Existe el catálogo publicado en el tomo 4.º de la obra de Gallardo.

Don Agustín Durán formó una selecta biblioteca de 3.700 volúmenes, en la que había una magnífica colección de teatro y muy buenos libros de literatura; esta biblioteca fué adquirida por la Biblioteca Nacional en 1864. Existe catálogo impreso de la misma.

Don José Enrique Serrano Morales reunió en Valencia una importantísima biblioteca de más de 12.000 volúmenes, que a su muerte donó al Municipio de la misma; buen bibliófilo, publicó una *Reseña histórica de las imprentas que han existido en Valencia hasta 1868*.

Don Antonio López de Córdoba formó una importante colección de libros en Constantinopla, de obras turcas, árabes y armenias, que adquirió a su muerte en 1870 la Biblioteca Nacional.

El Sr. Gómez de la Cortina, Marqués de Morante, reunió una numerosa biblioteca, cuya mayor parte encuadernó en pieles finas y con sus armas en las tapas; de esta biblioteca se publicó un catálogo en nueve volúmenes, y más tarde fué vendida en París en 1872.

Don Fernando de Castro legó su biblioteca de ciencias históricas y filosóficas, en 1874, a la Diputación provincial de León; y el Duque de Mandas legó la suya a la Diputación de Guipúzcoa.

El ilustre político D. José Manuel Vadillo reunió una biblioteca de 8.500 volúmenes, en su ma-

yoría de economía y política, que legó a su muerte a la Provincial de Cádiz.

El Contralmirante de la Armada D. Miguel Lobo legó su biblioteca, en su mayoría de Ciencias matemáticas y físicas, formada de 3.289 volúmenes, al Ayuntamiento de San Fernando, en 1875.

Don Francisco Domeq Víctor legó su biblioteca a la Provincial de Cádiz.

La biblioteca de D. José Salamanca, que fué deshecha y vendida por sus herederos, era famosa por sus incunables, entre los que había dos ejemplares de la obra *Tirant lo Blanc* (Barcelona, 1497), de la que hoy no se conoce ningún ejemplar.

Don Luis Usoz reunió una biblioteca muy importante, de 11.357 volúmenes, famosa por su colección de biblias, clásicos griegos y latinos y buenos libros de literatura; su viuda la donó a la Biblioteca Nacional. Reimprimió casi todas las obras de los reformistas españoles.

Don Mariano Pardo de Figueroa, gaditano ilustre, más conocido por el seudónimo del Doctor Thebussen, fué uno de los más inteligentes bibliófilos que ha habido, y a quien una larga vida (pues vivió noventa años) le permitió ocuparse de muchos y diversos asuntos culturales; reunió una importante biblioteca de incunables y libros raros y fué el primero que en España se ha ocupado de los *ex-libris*; su biblioteca fué dispersada; recientemente se han vendido sus libros y papeles referentes a Correos.

Don Luis Masferrer y Frías tuvo una buena biblioteca de música y poseía un ejemplar en colores del Museo Secreto de Nápoles; fué vendida su biblioteca por su hijo y dispersada en 1890.

Don Melchor de Macanaz legó su biblioteca a la Nacional.

El famoso músico Eslava tuvo una magnífica colección de libros de música, que fué vendida por su sobrino y dispersada; entre sus libros tenía: *Milán Arte de guitarra*, 1535.

Don Juan de Dios de la Rada y Delgado reunió una buena biblioteca sobre numismática, arqueología, antigüedades y bellas artes; esta biblioteca fué vendida por sus herederos, siendo dispersada; en ella se encontraban todas las primeras ediciones de Arfe y Villafañe y la obra de Agustín, *Medallas* (Tarragona, 1587).

Don Serafín Estébanez Calderón formó una biblioteca de 9.671 libros y folletos referentes a literatura, historia y arte militar, que fué adquirida a su muerte por la Biblioteca Nacional.

Don Manuel Rico y Sinobas reunió una biblioteca de más de 8.000 volúmenes de bellas artes, relojería, matemáticas, geografía e historia; esta biblioteca fué vendida a un librero y dispersada. Su colección de encuadernaciones fué adquirida por la Nacional.

El insigne escritor D. Juan Valera formó una biblioteca en la que había muy buenos libros, pues en ella figuraban muchos ejemplares pertenecientes al librero Sr. Murillo, y que Valera se quedó con ellos por cantidades que le adeudaba éste.

Don Antonio Villalonga reunió una biblioteca de 10.000 volúmenes en Palma de Mallorca, de la que se hizo catálogo en 1889 para venderla públicamente; la mayoría fué adquirida por el Ayuntamiento de la Isla, donde se conserva.

El Marqués de San Román legó su importante biblioteca a la Academia de la Historia, con la condición de que los libros no podrían salir en ningún

caso de la biblioteca de la Corporación, sino que tenían que ser consultados en el mismo local.

De la importancia de esta biblioteca se puede juzgar por el catálogo publicado de los incunables de la Academia de Historia, en que los principales y ejemplares únicos pertenecían a la misma.

Un lote referente al arte militar lo donó al Centro del Ejército y de la Armada.

El Marqués de la Fuensanta del Valle, que fundó con el Sr. Sancho Rayón la *Colección de libros raros y curiosos* y que continuó la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, fué Vicepresidente de la Sociedad de Bibliófilos españoles, forma magnífica biblioteca en Córdoba, encuadernando muchos de sus volúmenes con sus iniciales en las tapas y debajo la corona de Marqués; esta biblioteca, en diversos lotes, ha sido dispersada.

Don Enrique Leguina, conocido bibliófilo y autor de varias importantes publicaciones, reunió una importante biblioteca sobre esgrima, que cambió al Conde de Valencia de Don Juan y éste la vendió a un librero, que se la cedió al bibliófilo argentino Sr. García Donell, y que recientemente, muy aumentada, ha sido vendida en París.

Carlos Alvarez Guijarro tuvo una importante biblioteca, de la que exhibió muy raros libros y autógrafos en la Exposición Histórica Europea, entre ellos muchos de caballerías y los extraordinarios opúsculos *Las angustias de la Bolsa*, impreso hacia 1540; *Pleito de los judíos contra el perro Alba*, impreso hacia 1560 en letra gótica; *Villancicos de unas comadres amigas del vino*, impreso hacia 1545, y las importantes cartas autógrafas

de Don Juan de Austria sobre la Armada Inven- cible.

Don José María Asensio reunió una buena biblioteca sobre libros de literatura y América, entre los que se hallaban la primera edición de *Pérsiles*, de Cervantes, y la *Araucana*, de Ercilla; esta biblioteca fué vendida por sus herederos y dispersada.

Don Luis Carmena Millán, que publicó una bibliografía sobre tauromaquia, reunió la más importante biblioteca sobre esta materia que ha habido en España y que vendió en bloque al Sr. Archer Huntington.

Don Cayetano Alberto de la Barrera, autor de la obra de bibliografía *Catálogo del Teatro antiguo español*, llegó a reunir una biblioteca formada de 2.500 volúmenes y 2.000 estampas, que se conserva en la Nacional, por quien fué adquirida.

El ilustre hombre público D. Emilio Castelar formó una buena biblioteca de política e historia, que fué comprada por los Sres. García Rico y Compañía, que en 1914 publicaron catálogo de la misma, y fué adquirida en bloque por el Jockey Club de Buenos Aires, que la conservan y enseñan como su más preciada joya.

Don José Amador de los Ríos reunió una importante biblioteca, particularmente de literatura e historia; esta biblioteca fué vendida por su heredero, D. Francisco Fernández y González, a un comerciante y dispersada; entre sus libros tenía Boscán y Garcilaso, *Obras* (Barcelona, 1543), y el rarísimo libro de Svonarola. *Misère* (Alcalá, 1511).

Jaime Andreu, de Barcelona, buen publicista y literato, reunió numerosa biblioteca, que ha sido dispersada, y publicó un catálogo de una colección de impresos referentes a Cataluña.

Don Jesús Monasterio, gran violinista, formó una biblioteca de música, que en 1910 fué vendida por sus herederos, dispersándose; en ella se encontraban el *Procesionarium de Sevilla* (1492), varias ediciones de Martínez de Bizcargui, impresas en el siglo XVI, y un manuscrito del siglo XV de las coplas de Jorge Manrique.

Otra biblioteca musical muy importante fué la formada por D. Juan Carreras y Dagas, que adquirió la Diputación de Barcelona.

El ilustre literato D. Pedro Madrazo reunió buena biblioteca de bellas artes e historia de España, que en 1904 vendieron sus herederos, dispersándose.

La biblioteca de Osuna fué adquirida por el Estado en 1884 por 900.000 pesetas, pasando a la Biblioteca Nacional.

Don Mariano Aguilo y Fustér, que fué Director de varias bibliotecas públicas y que ha sido uno de los mejores investigadores que ha habido en Cataluña, publicó una obra sobre bibliografía catalana y comenzó a editar la Biblioteca de Cataluña, de la que publicó varios tomos, entre ellos *Tirant lo Blanc*, *Cronique del Rey Don Jaume*, *Libre de Cosolatio*, de Boecio, y otros; reunió una magnífica biblioteca, entre cuyos libros se hallaban algunos incunables, jemplares únicos como las *Trovas de la Pasión*, de Román, las *Coplas*, de Montesinos, y la *Revelación*, de San Pablo.

Don Antonio Balenchana reunió una biblioteca de Ultramar y jurisprudencia; en esta biblioteca, que ha sido dispersada, se hallaba el raro incunable *Notas del Relator* (Toledo, 1500).

Don Jacinto Octavio Picón formó una biblioteca que recientemente ha sido vendida por sus herederos, siendo notable la colección de autores españoles,

magníficamente encuadernada por Menard, y que todos los pliegos de los tomos han sido cuidadosamente elegidos, sin que tengan defectos ni manchas; están en posesión de D. Roque Pidal.

El catedrático D. Fernando Brieva, gran amigo de Ganivet, llegó a tener una buena colección de libros de todas clases, entre los que se hallaban: *Robles*, *Vida de Santa Ana* (1511), ejemplar único, y los incunables *Petrus Canones Misae* (Salamanca, 1499), y *Cuaderno de las Alcabalas* (1495). Esta biblioteca ha sido dispersada.

El ilustre D. Isidoro Bonsoms reunió en Mallorca una magnífica biblioteca cervantina, en la que se encontraban más de 650 ediciones del *Quijote*, incluso todas las primeras; otras muchas de las obras menores de Cervantes, centenares de libros y folletos sobre el mismo y una colección de magníficos libros de caballerías, entre ellos la edición del *Tirante el Blanco*, de Valladolid (1511), ejemplar único.

Esta biblioteca la conserva actualmente la Biblioteca de Cataluña.

El buen crítico de arte D. Cristóbal Ferriz reunió una formidable colección de estampas, grabados, litografías, etc., de artistas españoles, y papeles varios sobre arte; parte de sus colecciones se vendieron en París, y el resto en Madrid.

El Marqués de la Frontera, que tenía una buena biblioteca de historia y literatura en Aranjuez, la enajenó a principios de este siglo, siendo dispersada.

Don Manuel Gómez Imaz, natural de la Habana y residente en Sevilla, formó una biblioteca referente a la guerra de la Independencia.

Don Domingo Gascón, de Albarracín, reunió una biblioteca muy importante de historia de Ara-

gón, en particular de Teruel, que a su muerte fué dispersada.

Don Juan Rossell, gran bibliófilo que incansablemente visitaba todos los días librerías y puestos de libros, reunió una importantísima biblioteca de libros relacionados con la antigua Corona de Aragón y de buenos libros catalanes; a su muerte fué vendida su biblioteca por 50.000 pesetas y dispersada; en esta biblioteca se encontraba un ejemplar de la *Vida de Santa Catalina de Sena* (Valencia, 1511), libro de extraordinaria rareza y uno de los que contiene los mejores grabados en madera del siglo XVI.

El buen periodista Joaquín López Barbadillo reunió una biblioteca picaresca, que a su muerte vendió la viuda en su mayor parte a la Gran Peña.

Don Alfonso de Borbón, hijo del Infante Don Sebastián, tenía una buena biblioteca, en la que se hallaban pruebas de estado de todas las aguafuertes de Goya; entre ellas, las famosas de los *Disparates*; vendió muchos libros, entre ellos el famoso *Espejo de la vida humana* (Zaragoza, 1494).

Este señor regaló el resto de su biblioteca al Ayuntamiento de Madrid.

También D. Ricardo Fuentes regaló su biblioteca, de bastante importancia y muy numerosa, a la biblioteca del Ayuntamiento de Madrid, de la que era Director.

Don Pedro Miranda, entusiasta bibliófilo, reunió una importante biblioteca de heráldica, historia de pueblos y algunos libros raros; a su muerte, sus herederos verificaron venta pública de esta biblioteca, dispersándose y obteniendo por ella unas 70.000 pesetas.

Don Carlos Camerino, en Puerto Real, tuvo una magnífica biblioteca de los más raros libros de lite-

ratura española, entre ellos el *Cancionero*, de Urrea (Logroño, 1513). Fué vendida por el mismo y dispersada.

Don Antonio María Fabié reunió una biblioteca sobre Ultramar e historia, de la que se hizo un catálogo bajo la dirección del Sr. Rodríguez Villa; fué vendida a un comerciante y dispersada.

Don Gabino de Lizárraga coleccionó una biblioteca referente a Navarra, que en 1916 vendieron sus herederos; en ella se encontraba una obra de Villarino, impresa en Tudela en el siglo XVI, y el incunable de San Buenaventura, *Dieta Salutis* (Pamplona, 1497):

Don Joaquín Sánchez de Toca formó una biblioteca de historia, economía, política y jurisprudencia, que regaló a la Academia de Ciencias Morales y Políticas; esta biblioteca fué trasladada en carros desde el domicilio del Sr. Toca a la Academia, y en el trayecto se perdió un carro lleno de libros, que aún no ha parecido.

Don Francisco Belda tenía una biblioteca muy importante de toda clase de materias, en particular de arte; su biblioteca fué vendida por su viuda, y dispersada.

Don Frutos Barbero formó biblioteca sobre Cisneros, refranes y Cervantes.

El Marqués de Laurencín, que fué Director de la Academia de la Historia, era gran bibliófilo, pero con algo de espíritu comercial; consiguió de Real orden que le cambiasen libros de la Biblioteca Nacional. A un librero de Madrid vendió una importante colección de novelas de Salas Barbadillo, en 5.000 pesetas; otra colección que hizo de toros y jineta la vendió a D. Luis Carmena; otra colección de heráldica, al Consejo de las Ordenes Mi-

litares, en 26.000 pesetas, y el resto de su biblioteca, en su mayor parte de literatura, la vendió a un librero de Madrid en 1927; y una selección de esta biblioteca, en número de 100 obras, de la que se ha publicado catálogo, fué vendida en bloque a D. Ramón Rodríguez, en 125.000 pesetas. El Sr. Laurencín es autor de una bibliografía sobre la caza.

Don José Lameyer, entusiasta bibliófilo, gustaba de encuadernar él mismo lujosamente sus libros, llegando a ejecutar obras de verdadero mérito, siendo su obra maestra la encuadernación que en mosaico a varios colores sobre fondo verde y leonado puso al libro *Poema de Alfonso IX*, por Janer, que es uno de los mejores libros impresos en el siglo XIX.

Don Luis Lezama Leguizamón, vascongado ilustre, reunió la más importante biblioteca de libros referentes a Vasconia, Navarra y Cantabria que existe en el país vasco; también coleccionaba libros de música y algunos raros e incunables. En esta biblioteca se encuentran papeletas originales de Gallardo, con las que se podría hacer un nuevo tomo que agregar a los cuatro publicados.

El académico D. Alejandro Llorente tuvo biblioteca de historia, y particularmente sobre Flandes; a su muerte, sus herederos encargaron al Sr. Rodríguez Villa hiciese catálogo y vendiese los libros, como así se hizo, dispersándose.

La mejor biblioteca de literatura que se ha formado en España fué la del Marqués de Jerez de los Caballeros; de esta biblioteca, de la que existe un catálogo tan raro como los libros que la formaban, no ha quedado en España más que algún libro adquirido después de hecho el catálogo, que no comprende toda la biblioteca, como el rarísimo *Cancionero*, de Fernández de Constantina, impreso en los

primeros años del siglo XVI, que hoy se halla en la biblioteca de D. José Lázaro.

La biblioteca en bloque fué adquirida por el bibliófilo e hispanista Sr. Archer Huntington, en el precio de 1.500.000 pesetas (en la actualidad valdría por lo menos el doble).

El ilustre académico D. Vicente Barrantes, autor de la obra *Aparato bibliográfico para la Historia de Extremadura*, reunió una importante biblioteca de Ultramar, obras sobre Extremadura, historia y bibliografía. Esta biblioteca ha sido dispersada.

El Sr. Fernández Durán legó su importante biblioteca al Casino de la Gran Peña.

El Sr. Cánovas Vallejo tuvo una biblioteca de Bellas Artes, de la que publicó catálogo.

Don Sebastián Soto Cortés de Posadas coleccionó una importantísima biblioteca en Labra (Asturias) de carácter general, siendo fondo principal la que había heredado de un antecesor suyo, Mayordomo de Palacio, y que él acrecentó particularmente en las materias de esgrima, caza e hípica; puede decirse que en estas materias era completísima.

A su muerte fué vendida por sus herederos a don Roque Pidal en 90.000 pesetas, que ha conservado muchos de los libros; entre las obras más raras, aparte de incunables y libros preciosos, tenía el único ejemplar del *Arte Trifaria*, de Bermudo (Osuna, 1550), y un curioso manuscrito sobre América del Sur, de Fray Diego de Ocaña, original del siglo XVI, con ilustraciones en colores de escenas y costumbres americanas, que le dan un valor incalculable.

El bibliófilo D. Wenceslao Retana publicó una bibliografía en tres volúmenes sobre Filipinas, y su biblioteca sobre esta materia la vendió a la Compañía de Tabacos de Filipinas.

Don Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T'Serclaes, muerto recientemente, ha sido uno de los más entusiastas bibliófilos y coleccionistas de estos últimos tiempos, ha publicado muchas obras de carácter bibliográfico, no sólo por su contenido, sino por ser tiradas de pocos ejemplares, en papel de hilo y primorosamente editadas, tenía una importante biblioteca de carácter general, en que existen los más raros e interesantes folletos de los siglos XVI y XVII y es muy notable su colección de historias de pueblos de España: en la actualidad la conservan sus herederos.

Una de las bibliotecas más importantes formadas en España lo fué la de D. Juan Manuel Sánchez, que solamente adquiría ejemplares completos y en perfecto estado de conservación, y sobre todo de gran rareza o muy estimados por su valor comercial: este señor encuadernaba sus libros lujosamente, publicó la magnífica Bibliografía aragonesa de los siglos XV y XVI, en tres volúmenes, que constituyen no sólo una preciosa aportación a nuestra bibliografía, sino un verdadero alarde de buen gusto y de exquisito bibliófilo. Esta biblioteca, que fué enajenada por su propietario en 1920, en una importantísima cantidad, fué adquirida por un comerciante de muebles y antigüedades, que con ayuda de un librero la enajenó, publicando un catálogo de parte de las obras de la misma; los libros de esta biblioteca fueron adquiridos por multitud de bibliófilos y comerciantes de España y el extranjero, quedando completamente dispersada.

En ella se encontraba la rara obra de Durán, *Glosa de la luz bella* (Salamanca, 1498), procedente a su vez de la de D. Sebastián Soto Cortés de Posadas.

Don Francisco Díaz Aparicio formó una magnífica biblioteca de literatura, cuyos ejemplares estaban en su mayoría encuadernados por los mejores artistas franceses e ingleses contemporáneos.

Esta biblioteca ha pasado a poder de D. José Lázaro.

Otra de las bibliotecas más famosas e importantes de estos últimos tiempos fué la formada por el inteligente bibliófilo D. Félix Boix, que no sólo limitaba sus aficiones a los libros, sino que coleccionaba cerámica, cuadros, dibujos y otros objetos de arte; fué este bibliófilo uno de los más amantes que ha habido de los buenos libros españoles, con preferencia los referentes a las bellas artes, cocina, caligrafía, sastrería y primeras ediciones de obras encuadernadas en tafilete rojo, en particular ejecutorias, encuadernaciones artísticas, y reuniendo la más completa colección de Guías oficiales de España, magníficamente encuadernadas, muchas de ellas en mosaico. Fué gran coleccionista de libros y grabados sobre Madrid, y donó su espléndida colección de estos últimos al Museo de Madrid, donde pueden admirarse.

Ha sido de los más entusiastas y entendidos bibliófilos de este siglo; el tiempo que le dejaban sus ocupaciones lo empleaba en asiduas visitas a las librerías, y su mayor goce espiritual era hablar y estar entre libros; a su muerte, acaecida en 1931, su biblioteca fué repartida entre sus herederos, algunos de los cuales han enajenado la parte que les correspondió, y estos valiosos libros, que fueron el mayor recreo de este gran bibliófilo, han ido a engrosar las bibliotecas de otros españoles y extranjeros.

Uno de los raros libros que poseía era la edi-

ción de la *Celestina*, de Rojas, impresa en 1502, con notables variantes en la portada y en el texto, que hacen de este ejemplar único, adquirido por la Biblioteca Nacional, una de las joyas más raras de nuestra bibliografía, máxime cuando en el mismo volumen se encontraban encuadernadas una edición de *La Crónica del Cid* (Sevilla, 1525), y otra de la *Crónica del Conde Fernán González* (Burgos, 1528), ambas con grabados y no citadas en ninguna bibliografía.

Don Juan Cornejo reunió una colección de más de 400 obras de Taquigrafía, de la que publicó catálogo y regaló a la Nacional.

De periódicos, es notable la de D. Juan Asín y Palacios.

Sería imposible citar a tantos y tantos excelentes bibliófilos como ha habido en el siglo XIX y principios del siglo, XX, además de los que ya he nombrado, siendo la época del auge de la bibliografía, donde tanto se han distinguido Harzembusch, Catalina García, Conde de la Viñaza, Fernández Duro, Bonilla San Martín, Gestoso y Pérez y otros.

Antes de empezar a reseñar los bibliófilos y bibliotecas actuales, advertiré que nada de cuanto voy a decir es por halagar o elogiar a ninguna de las personas que citaré, pero sí tiene por objeto dos razones: la primera, que como esta conferencia ha de ser impresa y, por tanto, distribuída profusamente, será de gran utilidad para los investigadores y bibliófilos de generaciones futuras, y segunda, porque en la actualidad los bibliófilos extranjeros no conocen a los españoles, y viceversa, salvo alguna excepción, y esto puede servir para un intercambio intelectual de los bibliófilos de aficiones

similares, o para eruditos e investigadores extranjeros.

Actualmente existen en España muchos e inteligentísimos bibliófilos que poseen importantísimas bibliotecas, en las que se encuentran buen número de joyas bibliográficas y ejemplares únicos de nuestros más preciados libros.

De estos bibliófilos, que durante muchos años han adquirido libros para sus bibliotecas de carácter general, es de los más notables D. José Lázaño, que a más de reunir durante cincuenta años las más bellas obras de arte en todos sus géneros, que hacen que su casa sea uno de los mejores museos del mundo, posee una biblioteca de tantos e inestimables libros, que por la selección que la ha presidido es posible que sea la más importante biblioteca que ha reunido un bibliófilo, no sólo en España, sino en el extranjero.

En esta biblioteca, donde se encuentran bellísimos libros miniados desde los primeros siglos hasta el XVII, se hallan asimismo muchos, no sólo raros incunables, sino ejemplares únicos; y del siglo XVI y XVII puede decirse que es completísima en obras de literatura, bellas artes, libros de Caballerías, historia y en todos los ramos del saber humano; muchos de estos libros se encuentran con encuadernaciones de la época de su ejecución o impresión, lo cual ha permitido a este ilustre bibliófilo, no hace muchos meses, hacer una exposición de las mismas, que ha causado asombro a los pocos felices mortales que hemos tenido el placer de admirarlas.

En esta biblioteca se encuentran las famosas pruebas de estado de los *Disparates*, de Goya, que con sus títulos, de puño y letra de Goya, llaman

dolos *Disparates*, han cambiado la denominación que les había dado la Academia, de *Proverbios*.

Entre las muchas joyas bibliográficas que posee, citará dos, por su excepcional importancia más que por su valor comercial: la una es un librito encuadernado en pergamino, de la época del siglo XVIII, con otros folletos, por lo cual su autenticidad es indiscutible, y con el que se puede vindicar la memoria del bibliófilo del pasado siglo don Adolfo de Castro, que se titula *Memoria de las pinturas que la Magestad del Rey N. S. D. Felipe 4.º envía al Monasterio de San Laurencio el Real del Escorial descritos y colocados por Diego Velázquez de Silva* (Roma, 1658).

Este folleto, cuyo ejemplar, único hasta hace años, fué presentado por D. Adolfo de Castro a la Academia Española, donde se encuentra, al ser estudiado por ilustres académicos y escritores lo juzgaron una falsificación de dicho señor y, por tanto, este segundo ejemplar en la biblioteca del señor Lázaro, encuadernado con otros libros muchísimos años antes de nacer el Sr. Castro, demuestra su autenticidad y dignifica el nombre de este bibliófilo.

La otra joya, del más alto interés, no sólo para la bibliografía española, sino para la historia de España, es un ejemplar único y desconocido a todos los bibliógrafos, de la primera edición de la obra de Pedro de Medina titulada *Libros de las Grandezas y cosas memorables de España*, impreso por Dominico Robertis en Sevilla (1548), en cuyo libro se hallan grabados en madera las más primitivas vistas de Toledo, Sevilla, Granada y el mapa más antiguo de España grabados en libro español:

a su vez, este libro es el primero que trata de la Villa de Madrid.

Otra de las bibliotecas más importantes es la formada por D. Vicente Castañeda y Alcover, secretario perpetuo de la Academia de la Historia, en la que los libros que la forman han sido seleccionados con el gusto más refinado de un bibliófilo, en cuanto a los ejemplares y al estado de conservación, siendo los preferidos los que se hallan encuadernados con preciosas y artísticas obras de arte de los mejores encuadernadores de los siglos XVII a fines del XIX, en su mayoría firmadas, o con la etiqueta del encuadernador, lo cual hace que esta biblioteca sea la más importante e imprescindible para el estudio de este arte.

Numerosa e importante es la formada por el Marqués de Toca, ilustre bibliófilo, de quien puede decirse que ha consagrado la mayor parte de su vida a la formación de su biblioteca, pues lleva infatigablemente adquiriendo libros más de cincuenta años; esta biblioteca es la más numerosa que un bibliófilo ha reunido en España en estos tiempos, y puede decirse que es el que más amplitud ha dado a sus aficiones de reunir libros, pues le interesan adquirir toda obra que no figure en su biblioteca: sus colecciones sobre marina, astronomía, hípica, caza, esgrima, música, etc., son de las más completas, y seguramente el número de obras catalogadas que pöses pasará de 80.000 volúmenes.

Don Pablo Font de Rubinat, de Reus, gran bibliófilo catalán y de los más antiguos en la actualidad; posee una numerosa y magnífica biblioteca de carácter general, aunque con preferencia de libros catalanes, que hace que sea de las más completas e importantes en esta región; posee rarísimos y mu-

chos ejemplares únicos de las primeras producciones catalanas y tiene todos o casi todos los impresos por Rosembach en Barcelona, y más de 60 volúmenes de la antigua biblioteca de D. Pedro de Aragón.

El ilustre escritor D. Alfredo Ramírez Tomé ha reunido una biblioteca, con preferencia de nuestra literatura clásica, donde se hallan muchas y preciadas primeras ediciones de Lope, Góngora y Quevedo; es también muy notable su colección de libros de pequeño tamaño, en la que se encuentra una edición de los *Catorce Romances*, de Lope de Vega, impresa hacia 1740, que no sólo es ejemplar único, sino edición desconocida a los bibliógrafos y la más antigua en tirada aparte que se conoce; también posee las obras de Garcilaso, impresas en Lisboa en 1632, de tamaño minúsculo, edición de extrema rareza.

El Marqués de Casa-Torres, que además de su afición a las obras pictóricas, pues posee la mejor galería particular de cuadros de España, ha reunido muy buena biblioteca, cuyo fondo principal es la de Ezpeleta, en particular de libros con ilustraciones, bellas artes y encuadernaciones artísticas.

El Sr. Menéndez Pidal ha formado buena biblioteca de crónicas, filología, poemas, literatura, etcétera.

Don Valentín San Román ha reunido una colección importantísima de muchos miles de folletos, y para trabajos de investigación bibliográfica ha desglosado todos cuantos artículos de esta materia se han publicado en periódicos y revistas, haciendo las correspondientes fichas de los mismos, que se hallan en sobres numerados.

Una bien ordenada y selecta biblioteca es la del

ilustre Académico D. Agustín G. de Amezúa, en cuyo fondo figuran parte de las bibliotecas de don Mariano Catalina y D. Cándido Nocedal, y la que este bibliófilo, con el más exquisito gusto, ha ido acrecentando con ediciones rarísimas de toda clase de obras relativas a historia, literatura, crónicas, magia e inquisición; es feliz poseedor de un incunable de las *Horas de Nuestra Señora*, en castellano, impreso por Simón Bostre en París, cuya edición fué dedicada a los Reyes Católicos, puesto que figura en su portada el escudo de los mismos.

Don Roque Pidal y Bernaldo de Quirós ha formado una magnífica librería en que, además de parte de los fondos de la biblioteca de su abuelo, don Pedro José Pidal, y de la biblioteca de don Sebastián Soto Cortés de Posada, ha ido acrecentando con espíritu habilísimo de bibliófilo, y hoy, entre otras joyas bibliográficas, posee el *Baladro*, de Merlin, incunable que fué de su abuelo, ejemplar único, lo mismo que el *Arte Trifaria*, de Bermudo (Osuna, 1550); y es el único bibliófilo que ha conseguido reunir la serie completa de los *Romanceros*, de 1600, 1602, 1604, 1614 y segunda parte del *Romancero general*, 1605.

El actual Director de la Academia de la Historia, Sr. Duque de Alba, ha formado una magnífica biblioteca, siguiendo la tradición de tan ilustre Casa, supliendo con ella la que les incendió Godoy; en ésta se encuentra un derrotero autógrafo de Colón, y es, con D. José Lázaro, los dos únicos bibliófilos que en España tienen ejemplares de la *Biblia Políglota*, de Cisneros, y de la *Regia*, de Arias Montano. Ha coleccionado preferentemente todos los libros y documentos referentes a su casa y Estados.

Otro buen bibliófilo, que a pesar de sus ocupaciones políticas ha tenido tiempo para ser un buen coleccionista, es D. Alejandro Lerroux, que posee biblioteca de carácter general, con preferencia de Historia política.

Es biblioteca importante la formada por el renombrado doctor D. Teófilo Hernando, en cuya colección de obras de Medicina se encuentra el único y desconocido ejemplar del libro de Arnaldo de Villanova, titulado *Libro llamado Macer, que trata de los mantenimientos y asimismo de todas las virtudes del romero* (Valladolid, 1527), y la edición rarísima de Juan de Jaraba, *Historia de las hierbas y plantas* (Amberes, 1557). En su colección de reformistas españoles, aparte de primeras ediciones de éstos, posee la colección completa de Usoz, y un ejemplar rarísimo del testamento nuevo, impreso en Venecia (1556), como asimismo un *Flos Sanctorum*, impreso en Sevilla (1569). Edición valiosísima ilustrada con grabados.

Es muy notable la biblioteca del Marqués de San Juan de Piedras Albas, en la que ha reunido centenares de incunables, una importante colección taurina y una completísima de obras referentes a Santa Teresa, en la que se encuentra el ejemplar único del tratado llamado *Camino de perfección* (Salamanca, 1585), que fué de la biblioteca de don Juan Manuel Sánchez.

En su humilde celda, el dominico Padre Getino tiene una biblioteca pequeña en número de ejemplares, pero en la que hay rarísimos libros, alguno de los cuales haría feliz al mejor bibliófilo.

En la biblioteca del Marqués de Bondad Real, cuyo principal fondo son los libros que le corres-

pondieron por herencia de D. Pedro José Pidal, hay numerosos libros raros e importantes:

En España existen muchos bibliófilos cuyas bibliotecas constituyen una especialidad en materia determinada, siendo de las más importante la del ilustre académico, secretario perpetuo de la Academia Española, D. Emilio Cotarelo, que es la más completa sobre el Teatro español que existe; en la que se hallan muchas comedias de nuestros autores del Siglo de Oro, que son ejemplares únicos y desconocidos, como la *Segunda parte de las Comedias*, de Jacinto Cordero (Lisboa, 1634), *Ramillete gracioso compuesto de entremeses y bailes entremesados* (Valencia, 1643), y los rarísimos ejemplares de *Las Comedias de Lope de Vega, recopiladas por Bernardo Grassa* (Zaragoza, 1604), *Lope de Rueda, Dos elegantes comedias* (Sevilla, 1576), y *Las Seis Comedias de Lope de Vega* (Lisboa, 1603); en esta última obra, aunque se dicen ser seis comedias de Lope, en realidad es una de Lope solamente. También posee el único ejemplar de la comedia de Tirso, *Tan largo me lo fiáis* (siglo XVII), precursora del Don Juan Tenorio de Zorrilla.

También es muy notable en dramática la colección de D. Tomás Borrás.

Son magníficas las colecciones de literatura de D. Domingo Carles Tolra, en Barcelona: que no sólo es muy rica en valiosos ejemplares, sino que se hallan encuadernados espléndidamente en encuadernaciones modernas, pero del más exquisito gusto, y la de D. Pedro Masaveu, de Oviedo, que a más de rarísimos Cancioneros del siglo XVI y primeras ediciones del *Quijote*, se hallan en ella las más preciadas ediciones de nuestros místicos del siglo XVI y XVII, y es la más completa de obras de Lope de

Vega, del cual posee un valioso Código original.

Es única en España la colección de libros referentes al baile y a la danza, de que es poseedor don José Moreno, que a más de esta especialidad tiene una buena biblioteca de bibliografía.

Bibliotecas cervantinas, son muy notables la de D. Francisco Martínez, de Valencia, que además de valiosas ediciones de las obras de Cervantes, posee un magnífico ejemplar del *Quijote*, impreso por Ibarra, encuadernado maravillosamente en mosaico. Asimismo tiene biblioteca cervantina D. Luis Maffioti.

Referentes a libros de caza, son las más importantes la de D. Joaquín María Abaurre, de Sevilla, en la que se encuentra un ejemplar del rarísimo libro de Tamariz de la Escalera, *Tratado de la caza del Vuelo* (Madrid, 1654). También son notables las de los Duques de Almazán y de Medinaceli.

De bellas artes, y muy completa, tiene biblioteca D. José María Marañón, en la que se encuentra la rara obra de Caramuel, *Arquitectura civil*, impresa en Vigeven (1678) (tres volúmenes). Dos ejemplares de los diseños del Escorial, de Juan de Herrera, un autógrafo original de Velázquez y algunos de los raros libros que he citado anteriormente. Don Luis Valderrama, en su colección asimismo de bellas artes, tiene un ejemplar de la cartilla de la pintura de García Hidalgo (1691). También es muy numerosa y selecta en esta materia la biblioteca de D. José Sánchez Gerona.

Es de una importancia extraordinaria la selectísima biblioteca, que se puede calificar de única, que ha formado el doctor D. Gregorio Marañón, sobre viajes y costumbres españolas, entre cuyos ra-

rísimos libros tiene un ejemplar de la obra *Relación de las inscripciones y antigüedades de la villa de Utrera*, por Licenciado Rodrigo Caro, ejemplar desconocido de todos los bibliógrafos.

De Medicina tienen buenas bibliotecas, D. Nicasio Mariscal, que a más de numerosos y raros volúmenes, posee un ejemplar de Gordonio *Lilio de Medicina* (Sevilla, 1495), y los doctores D. Federico Gómez de la Mata y D. Daniel Sánchez Rivera.

Buena colección de libros sobre Oriente es la que ha formado D. Alfonso Rodríguez Santamaría.

De indumentaria es muy importante la biblioteca de la Condesa de Vilardaga, de Barcelona.

De autógrafos y manuscritos son valiosas las colecciones de D. Claudio Rodríguez Porrero y D. José García Armesto.

De bibliografía es la más importante la formada por el culto librero de Madrid D. Francisco Beltrán, de la que ha publicado un magnífico catálogo.

Sobre Ordenes militares, Ginetas y Diccionarios, ha reunido una biblioteca el Marqués de Acha.

De Ciencias puras, es la mejor biblioteca en España, en especial de Astronomía, la de D. Armando Cotarelo, que también reúne obras sobre Galicia.

Biblioteca de Filología es muy numerosa la de D. Américo Castro.

De libros de Caballerías, es de gran valor la del señor Escobet, de Barcelona.

El ilustre académico D. Francisco Rodríguez Marín posee una buena biblioteca de literatura y *folklore*.

Referentes a juegos, y en especial a ajedrez, es

notable la de D. Florián Ruiz Ejea; de avicultura posee una colección de más de 1.500 obras el Conde de las Navas. De genealogía hay varios y muy notables coleccionistas, siendo de los más importantes el Conde de la Marquina y D. Pedro Criado. De matemáticas es coleccionista el Sr. Rey Pastor, y de esta materia y de relojería, D. José María Carles-Tolra, de Barcelonâ. De Historia política, D. Antonio Ballesteros y D. Fernando Llorca.

De Correos, postas y filatelia, ha reunido una buena biblioteca D. Pedro Monje, de Barcelona.

También hay importantes bibliotecas de bibliófilos que se interesan por una región determinada; así, D. Antonio Rey Soto tiene biblioteca referente a Galicia, en que hay rarísimas ediciones de Díaz Tanco de Fregenal.

Don Ramón de la Sota y los Urquijo, de Bilbao, tienen bibliotecas referentes a Vasconia; don José María Azona, de Tafalla, tiene una magnífica biblioteca de guerras carlistas y Navarra. En Cataluña, sobre libros de la misma, hay numerosos bibliófilos, como el Sr. Faraudo, D. Joaquín Muntaner y los señores Mateu, que poseen una buena biblioteca en su castillo de Peralada.

Sobre Madrid y su provincia posee una biblioteca de más de 3.000 obras D. Luis Rodríguez de la Croys, y también son coleccionistas los señores D. Félix Morales, D. Antonio Soto y el ilustre cronista de Madrid D. Pedro Répide.

De la región valenciana es entusiasta coleccionista el antes citado D. Vicente Castañeda, que posee el ejemplar único del libro *formularium instrumentorum*, impreso en Valencia en 1499.

De libros referentes a Murcia posee biblioteca don José Alegría; de Extremadura es infatigable biblió-

filo e investigador D. Antonio Rodríguez Moñino; de Santander ha reunido una gran biblioteca el Sr. Camino; es importantísima la biblioteca sobre libros de Alcalá que ha reunido el culto bibliófilo D. Francisco Huertas Calopa.

Sobre libros de América y Filipinas, es notabilísima y de gran valor la reunida por D. Antonio Graiño; de libros con encuadernaciones artísticas es coleccionista y gran investigador D. Francisco Hueso.

Don Ramón Miquel y Planas, de Barcelona, ha publicado libros de asuntos bibliográficos. La revista de *ex-libris* y la *Bibliofilia* son publicaciones alarde de buen gusto y revelan al exquisito bibliófilo.

Don Juan Cebrián ha gastado una inmensa fortuna en adquirir libros que ha regalado a la Escuela de Arquitectura de Madrid, a varios Centros oficiales y a las bibliotecas públicas de California, consiguiendo con esto poner muy alto el nombre de España y de nuestros escritores en América del Norte.

También tienen bibliotecas y son conocidos bibliófilos los señores Beúnza, Condè de Cerragería, Sr. Díaz Arquer, Sr. Azorín, Sr. Farreras, don Constantino Román Salamero, Sr. Torres de la Almunia, D. Valentín Ruiz Senén, D. Pío Baroja, Conde Casal, D. Juan Allendesalazar, Sr. Gutiérrez Roig, D. José Ferrando Torres, D. Honorato Castro y otros muchísimos, cuyos nombres figuran en las listas de las Sociedades de bibliófilos españoles, bibliófilos andaluces, bibliófilos catalanes, bibliófilos valencianos y la mayoría de los académicos que forman estas ilustres corporaciones.

Todos estos nombres que acabo de citar son los

de los verdaderos amigos del libro, del libro, que es la fuente de la verdad, de donde dimanan la Ciencia, el Saber, la Historia y toda clase de perfección humana; para acabar con la incultura de un país hay que acabar con el analfabetismo, es decir, que apenas el niño tiene los primeros vislumbres de razón, se le entrega un libro, la cartilla, y según crece, en los libros se va formando su inteligencia y de ellos es de donde surge la civilización con los grandes sabios que forman. Cuando Dios quiso dar un cauce que indicase el camino del bien, no tuvo más remedio que llamar a Moisés al Sinaí para entregarle un libro, las Tablas de la Ley; así que los que reúnen, admiran, estudian y se recrean en los libros se elevan tanto sobre el nivel cultural de los demás hombres, que reciben el título más honroso que existe: el de Bibliófilo.

HE DICHO.

